EL ROBLE

por Pedro Montero

Pre: El viento, al filtrarse entre las ramas del roble, arrancaba de éste prolongados y tristes suspiros... ¿Qué secreto se escondía en aquel árbol? ¿Cuál era la relación casi humana que mantenía con la muchacha?

Nota del webmaster: He aquí uno de los mejores cuentos de Pedro Montero, por lo menos para mi gusto. De trama muy sencilla, pero todo sutilmente sugerido. Me hubiese gustado que este cuento cerrase o abriese alguna selección en particular (entiéndase, una ubicación especial para homenajearlo), pero las cosas se dieron así, y hoy esta excelente historia parece estar rellenando nada más que un espacio vacío (aunque en CUENTOS NEGROS, ninguna historia es sólo para rellenar). Espero que la trama les agrade tanto como me agrada a mí cada vez que la leo.

En torno al tronco del roble había un rústico banco de tablas, y allí se sentaba Lisa las tardes de verano para leer apaciblemente bajo la densa sombra que proyectaba su copa.

Una de las ramas del árbol llegaba justamente hasta la ventana de la habitación de la muchacha, la cual había tomado la costumbre, desde muy niña, de deslizarse por ella hacia el suelo.

La primera vez que su abuela descubrió aquel sistema de abandonar la casa, se enojó sobremanera y amenazó a Lisa con un sinfín de castigos si insistía en utilizar aquel medio de descenso en lugar de la escalera. Por aquel entonces, Lisa no contaba más de nueve años de edad, y, durante dos o tres semanas, renunció a deslizarse por la rama hasta el tronco, y desde allí al suelo, pero al poco tiempo regresó al antiguo hábito. Con el paso de los años, hasta la abuela terminó por acostumbrarse, y, viendo que la niña descendía por el roble con tanta seguridad como por la escalera, no volvió a mencionar el tema.

Si alguna vez una compañera de la escuela hacía una visita a Lisa y se encerraban juntas en su cuarto para hacer los deberes, la acompañante, al finalizar la tarea, pedía permiso a Lisa para utilizar aquella original vía de escape; pero la muchacha, absolutamente inflexible a este respecto, denegaba su autorización. Ella exclusivamente gozaba del privilegio de utilizarlo.

— ¿Me dejas bajar por el roble? — solicitaba tímidamente la amiga.

— Ni hablar — respondía Lisa— . El roble es mío.

Durante las largas tardes de verano, sentadas ambas en el rústico banco, Lisa preguntaba a su abuela cosas acerca del árbol.

— ¿Cuántos años tiene el roble, abuela?

— Muchos — respondía la anciana levantando la vista hacia las ramas que les proporcionaban sombra.

— ¿Quién lo plantó?

— Un hermano de tu padre — explicaba la abuela— ; tu tío Florencio. Y la mirada de sus ojos azules se ensombrecía un instante— . Lo plantó el mismo día en que cumplía los diecisiete años.

— ¿Y dónde está tío Florencio ahora?

— Murió. Se lo llevó Dios muy pocos meses después de que plantara el árbol.

— ¿Por qué...? — insistía la niña— ; pero la abuela, al llegar a este punto, daba por terminada la conversación.

— Tráeme las gafas, hija. Están encima de la mesilla.

En las noches de primavera, con la ventana entreabierta, el sueño de Lisa era arrullada por el leve agitarse de las hojas a impulsos de la brisa. Durante el invierno, las ramitas del roble, movidas por el viento helado, eran como dedos que llamaran a los cristales de la ventana de Lisa.

En cierta ocasión, durante la época de los frutos, y cuando la muchacha se contaba ya doce años de edad, se hallaba ésta adormecida sobre el banco que rodeaba el tronco del roble. La tarde era calurosa y, abandonando el libro que estaba leyendo, Lisa fue sumergiéndose en un agradable sopor. Al cabo de un rato se removió inquieta. Oscuros sueños se agolparon tras su frente y fueron extendiéndose en oleadas hasta su cintura. De súbito, un agudo pinchazo despertó a la muchacha, que, llevándose la mano hacia uno de sus muslos, advirtió que sus dedos se llenaban de sangre. Una bellota desprendida de las ramas del roble había venido a caer sobre sus piernas produciéndole una pequeña herida.

Presa de una gran agitación, y temblando de miedo, Lisa corrió hasta la casa llamando a su abuela, la cual lejos de perder la calma, acunó a la muchacha entre sus brazos y la besó tiernamente.

Al cabo de algún tiempo, los abuelos mantuvieron una entrevista con la maestra de Lisa y, como responsables que eran del porvenir de la muchacha, solicitaron consejo de la profesora acerca de los estudios que podía seguir. Entre los tres decidieron que lo que le convenía a la joven era adquirir lo que venía en llamarse «cultura general». En vista de lo cual, se decidió que Lisa se trasladara durante uno o dos años a Santa Agueda, donde, viviendo en casa de unos parientes lejanos, podría asistir a las clases e un colegio reconocido.

La noche anterior a su partida, Lisa se asomó a la ventana de su dormitorio y acarició las hojas del roble con cierta nostalgia. Se hallaba tan acostumbrada a aquella habitación y a aquel rasguñar de las ramas sobre los cristales, que le parecía que no podría volver a conciliar el sueño sin escuchar el rumor de las hojas del árbol movidas por el viento.

A media noche se despertó. Había dejado la ventana abierta, y una difusa luz lunar bañaba las ramas del roble, que parecían tiritar bajo un manto de escarcha. Acercándose a la ventana, contempló el roble detenidamente, agitado por el vientecillo nocturno, y las lágrimas acudieron a sus ojos, y, aproximando su mano a las hojas del árbol, arrancó unas cuantas y las guardó entre las páginas de un libro.

A la mañana siguiente, después de haber hecho la maleta y haberla depositado en el porche, subió de nuevo a su habitación y, saliendo a través de la ventana, descendió pausadamente por la rama del roble hasta poner los pies sobre el banco que rodeaba el tronco. Después se sentó con los abuelos a la espera de que se hiciera la hora de encaminarse a la estación.

La primera noche en Santa Agueda apenas si consiguió dormir dos horas. Los rumores de la ciudad eran tan distintos de aquellos a los que estaba acostumbrada, que, no bien percibió la claridad del día, se levantó de la cama, y, descorriendo las cortinas, se asomó a la ventana que daba al bulevar. Lo primero que sus ojos vieron fueron las achaparradas acacias de redondeadas copas. Rodeadas por el asfalto, sus escuálidos troncos surgían a través de exiguos cuadriláteros en los que podía verse una tierra negruzca y reseca. Las hojas de las acacias estaban cubiertas con una capa de polvo que ocultaba su natural verdor otorgándoles un color grisáceo y sucio. Inmediatamente sus pensamientos se dirigieron hacia el roble.

La segunda noche durmió mejor, y la tercera, no en vano era una muchacha joven y vigorosa, descansó tan profundamente como hubiera podido hacerlo en casa de sus abuelos.

Al cabo de unas semanas dejó de sentir nostalgia por la casa de campo y no volvió a echar de menos el rozar de las ramas del roble contra los cristales de la ventana. Tan sólo de vez en cuando, cada vez con menos frecuencia, abría el libro y contemplaba las hojas que aquella noche introdujera entre sus páginas.

Durante aquel año de estancia en Santa Agueda, la muchacha se desarrolló extraordinariamente, y, cuando se aproximaban las vacaciones de verano, nuevamente renació en ella la ilusión por la vida campestre.

Apenas puso el pie en la finca, después de saludar a los abuelos, que la recibieron alborozados, subió a su habitación, y abriendo la ventana de par en par hacia el crepúsculo, se apoyó en el alféizar y contempló el roble a la luz carmesí del atardecer. Su primer impulso fue descender por la gran rama, y, con sumo cuidado, apoyó los pies sobre la áspera corteza. Entonces tuvo miedo, y advirtió que había crecido demasiado y que su sentido del equilibrio se había embotado durante los meses de ausencia. Vaciló un instante, y luego, volviendo a recoger las piernas, se introdujo de nuevo en la habitación y descendió por la escalera.

Aquella noche, como una salutación a su llegada, se levantó un fuerte viento, y las ramas del roble repicaron incesantemente en la ventana impidiendo a Lisa conciliar el sueño. Molesta en un principio, fue sin embargo poco a poco vencida por los antiguos rumores y los familiares chasquidos que ya casi había olvidado, y abandonando el lecho, se asomó a la ventana. La luna derramaba su luz sobre el árbol, que parecía invitarla en su incesante movimiento a sentir sobre su cuerpo aquella misma agitación, e incapaz de sustraerse a aquel extraño encanto, descalza y con ropa de dormir. Lisa salió a través de la ventana y puso sus pies sobre la rugosa corteza de la gran rama. El suave vaivén producido por el viento se transmitió a todo su cuerpo. Poco a poco fue alejándose de la ventana, y, como un equilibrista fantástico y convaleciente, comenzó a descender por el roble. La fresca brisa nocturna agitaba sus ropas y enredaba sus cabellos. Las ramas más pequeñas rozaban ásperamente su cuerpo, y centenares de hojas y renuevos obstruían el pasillo por donde antaño acostumbraba a bajar.

Cuando puso pie sobre el banco, una sonrisa iluminaba sus labios, y una violenta respiración agitaba su pecho. Gran cantidad de hojas se habían enredado en su cabello; su camisón aparecía desgarrado en algún punto, y sus brazos y piernas mostraban largos arañazos como los producidos por el estrecho y apasionado abrazo de un transporte de amor.

Una de aquellas tardes, sentadas abuela y nieta en el banco del roble, Lisa sintió la necesidad de saber algo más acerca del árbol.

— ¿Cómo era Florencio? — insistió al ver que su abuela no levantaba la cabeza de la labor.

— Murió muy joven — respondió la remisa abuela.

— ¿De qué murió?

— Se despeñó. Un accidente — explicó la abuela con un tono que no dejaba lugar a dudas acerca de que no deseaba hablar más del asunto.

Los días durante aquel verano transcurrían apacibles. Lisa se sumergió de nuevo en los placeres de una vida relajada y sin horario. Olvidó en gran parte los conocimientos que había adquirido durante su estancia en Santa Agueda, o quizás los almacenó en alguna parte de su cerebro y no se preocupó más que de vagar por los campos cercanos o tenderse perezosamente a la sombra del roble.

Acostada en el rústico banco de tablas, se sentía protegida por la frondosa enramada que se extendía sobre su cabeza; experimentaba la sensación de que nada malo podría ocurrirle bajo aquel dosel vegetal, pero, simultáneamente, se sentía infeliz sabiendo que, al cabo de algunas semanas volvería a estar lejos de su árbol.

La noche anterior a la partida, permaneció hasta muy tarde en la ventana. El brillo hiriente de las estrellas se filtraba de forma intermitente a través del follaje, y las ramas del roble eran mecidas por una suave brisa. Acodada en el alféizar, dejó que las ásperas hojas juguetearan con sus manos hasta que, sobresaltada, le pareció que la leve caricia de las pequeñas ramas se iba convirtiendo en algo que no acertaba a definir, pero que le producía una mezcla de atracción y miedo.

Aquella noche, mientras los dedos del roble llamaban insistentemente en la ventana, soñó que su tío Florencio había vuelto a la casa y la llamaba pronunciando su nombre

desde el pie del roble.

Las tías solteronas de Lisa se sorprendieron, al término de las vacaciones, de lo cambiada que estaba la muchacha. El leve parecido de sus rasgos con las facciones de su difunta madre se había acentuado de tal modo que, para corroborar el hecho, se apresuraron a sacar de los cajones de la cómoda los viejos álbumes de fotografías. Así fue cómo la joven vio par primera vez el rostro de Florencio.

Independientemente de contemplar con detenimiento la efigie de su madre, a fin de cerciorarse de lo que sus tías consideraban extraordinario parecido, Lisa fue conociendo, a través de una larga serie de fotografías, al que, años ha, plantara el árbol.

Ya desde muy pequeño, llamaba la atención la intensidad de la mirada de Florencio. Cinco años menor que el padre de la muchacha, la diferencia de edades se iba diluyendo con el paso de los años, y si, en las primeras fotografías Florencio aparecía como un bebé al lado de su hermano mayor, en la última existente la estatura de ambos era idéntica, y podía preverse que, de haber continuado con vida, Florencio habría aventajado en altura al padre de Lisa, puesto que ya a los diecisiete años su complexión era mucho más robusta.

Sorprendió a la muchacha el hecho de que una de las instantáneas apareciera cortada, como si, junto a su madre, hubiera posado otra persona a la que el paso del tiempo hubiera hecho indeseable. Sintió deseos de preguntar de quién se trataba, pero temiendo una respuesta evasiva, se abstuvo.

A la par que las fotografías iban pasando de mano en mano, las tías de Lisa, con cierta resistencia al principio, fueron sacando a relucir detalles de la vida de Florencio.

Tímido y apocada desde la primera infancia, sus padres tomaron como vocación religiosa lo que no era sino una cierta cortedad fruto de un espíritu reconcentrado, y obedeciendo a deseos de la abuela, en parte, y para que no se desaprovechasen las dotes intelectuales del muchacho, se decidió lo que por entonces se consideraba como la cosa más natural del mundo, y Florencio ingresó a los doce años en el seminario.

Una larga serie de fotografías mostraba a los dos hermanos creciendo juntos. Marcos, el mayor, luciendo casi siempre un rústico pantalón de pana y camisa abotonada hasta el cuello. Florencio con traje oscuro, al principio, y sotana desde los quince o dieciséis años. La abierta sonrisa del primogénito contrastaba con la seriedad del pequeño, cuyos ojos negros parecían mirar a la cámara con más fijeza e intensidad que el objetivo le miraba a él.

En la colección de instantáneas del último verano hacía su aparición la que más tarde habría de ser madre de Lisa, una muchacha muy bella, y, con la que, en efecto, Lisa tenía un extraordinario parecido.

En las fotografías, aparecía frecuentemente flanqueada por los dos hermanos. Marcos sonreía eternamente a la cámara, pero los ojos de Florencio no miraban y a al objetivo, sino que se dirigían las más de las veces hacia los de la novia de su hermano. Y en los labios de Florencio comenzó a dibujarse una sonrisa ausente hasta entonces.

A partir de la muerte del hermano menor, las fotografías no eran tan numerosas, y sí mucho más espaciadas en el tiempo. La última de la serie, previa a la boda, mostraba a la novia sentada sobre una roca con la mirada perdida en la lejanía. El futuro padre de Lisa pasaba su brazo por los hombros de la novia, pero en sus labios ya no había huellas de la sonrisa que tanto acostumbraba a prodigar.

—¿Cómo murió tío Florencio? —preguntaba Lisa.

—Un accidente —respondían con parquedad as solteronas.

—¿Qué clase de accidente?

—Se despeñó.

—¿Dónde está enterrado? —insistía curiosa la muchacha.

—Las niñas educadas no hacen tantas preguntas —argüían las tías dando por terminada la conversación.

De nuevo llegó el verano, y con él las vacaciones. En el andén de la estación, los abuelos esperaban a la muchacha. Apenas puso ésta pie en tierra, el abuelo corrió hacia

ella y tomándola en sus brazos la estrechó contra él. La abuela permaneció unos pasos más atrás, y cuando Lisa pudo verla, advirtió que había lágrimas en sus ojos.

—Cómo te pareces a tu madre —sollozó la anciana apenas conteniendo el llanto—. Te has convertido en su vivo retrato —y la joven se sintió durante unos instantes la encarnación de su madre, muerta pocas horas después del parto.

Lo primero que hizo Lisa, apenas traspasó la cerca, fue depositar la maleta en tierra y correr hacia su árbol. Encaramándose en el viejo banco de madera, rodeó el tronco con sus brazos y aproximó su mejilla hasta que la rugosa corteza le arañó la piel. Por primera vez, la abuela no festejó aquel reencuentro con una sonrisa. Mientras el abuelo entraba en la casa llevando la maleta, la anciana se aproximó a Lisa.

—Ya eres una mujer, hija —dijo—. Déjate de niñerías—. Y suavemente separó los brazos de la muchacha del roble y se la llevó hacia la casa.

Lisa se entristeció al comprobar que carecía ya de la seguridad suficiente para descender, como antaño, por la rama del roble. Más de una vez intentó abandonar su dormitorio utilizando el antiguo sistema, pero, temerosa de perder pie, tuvo que renunciar a última hora. Se contemplaba en el gran espejo del armario ropero que le devolvía la imagen e una muchacha casi por completo convertida en mujer. Se debatía indecisa entre la satisfacción de saberse madura y la nostalgia, materializada en el ya imposible descenso, de saber que se alejaba para siempre de la dorada época de la niñez.

Segura de que en la casa tenía que haber copias, y quién sabe si nuevos originales, de las fotografías que había visto en Santa Agueda, rebuscó, a espaldas de su abuela, en todos los cajones y arcas que había en la vivienda. Finalmente, un día, dio con un envoltorio, y al separar cuidadosamente el papel de seda, una colección de fotografías apareció ante sus ojos.

Temerosa de ser descubierta, decidió obrar con calma. Volvió a dejar todo en el mismo orden en que lo encontró; se guardó las fotografías y, pretextando dar un paseo, se alejó caminando hasta la orilla del río. Allí, sentada entre los cañaverales, desenvolvió el paquete.

La mayoría de los retratos los había visto ya en casa de sus tías, pero había algunos inéditos. Especial sorpresa le causó la contemplación de sí misma en alguno de ellos, y le costó verdadero trabajo llegar a admitir que era la imagen de su madre, tan parecida a la suya, la que había quedado fijada para siempre en la amarillenta cartulina.

Cuando ya estaba dando fin al examen de las fotografías, halló finalmente una copia de aquella que más le intrigaba, y, esta vez, ninguna mano purificadora había cortado por la mitad la instantánea. No era difícil comprender los sentimientos que habían embargado a su padre, si había sido él, como parecía lógico, el autor de aquel retrato.

La parte derecha de la foto estaba ocupada por su madre, que sonriendo plácidamente, miraba con tranquilidad, no exenta de cierto descaro, hacia el objetivo. En la parte izquierda, aquella que un drástico tijeretazo había hecho desaparecer del álbum de Santa Agueda, aparecía Florencio cuando, a juzgar por la fecha escrita en el reverso, no faltaban sino escasas semanas para su muerte.

Toda la persona de Florencio aparecía como presa de un incontenible movimiento de atracción hacia la novia de su hermano. A pesar de que los dos jóvenes se hallaban discretamente separados, se hubiera dicho que, segundos más tarde, la distancia que mediaba entre los iba a desaparecer. El aire ausente de la madre de Lisa, la plácida sonrisa que afloraba en sus labios, y la indiferente contemplación del objetivo de la cámara, daban la impresión de un mudo consentimiento a la, ya indiscreta, adoración de su futuro cuñado.

En cuanto a Florencio, todo su cuerpo aparecía recorrido, y así había quedado congelado para siempre en la instantánea, por una corriente que le impulsaba hacia la muchacha que posaba a su lado. Sus manos parecía desear una inmediata aproximación a la mujer. Su cuerpo todo se inclinaba imperceptiblemente hacia la izquierda igual que una goleta, con el viento en sus velas, se ladea cómplice deseosa de recalar en el puerto. Su rostro, despreciando la fría mirada del objetivo, aparecía de perfil, y en sus labios, por vez

primera, florecía una sonrisa parecida a la que, constantemente se asomaba a la faz de su hermano.

La última fotografía mostraba a Florencio, en mangas de camisa, plantando el roble. Una de sus manos sostenía al arbolillo por el tronco, y la otra un azadón con el que, sin duda, había practicado el hoyo donde iban a plantar el árbol. Sus ojos, no obstante, contemplaban a alguien que se hallaba fuera del campo de la cámara. El encuadre de la fotografía era imperfecto, y el ligero desenfoque parecía revelar que la cámara fotográfica había temblado un momento en manos del autor de la instantánea.

—Cómo te pareces a Lisa —dijo una voz a su espalda.

La muchacha se estremeció sobresaltada, y guardando apresuradamente las fotografías en el papel de seda, se puso en pie. La mujer que había hablado portaba a la cabeza un cesto de ropa, que, con toda probabilidad, pensaba lavar en el río. Sonriendo apaciblemente, continuó diciendo:

—Como se entere tu abuela de que has estado viendo las fotos, se va a enfadar.

Lisa sintió el deseo de parar los pies a la intrusa.

—Son mis padres —dijo con un tono retador que al instante le pareció innecesario.

—Lo sé —repuso la mujer—. Y tu tío Florencio —añadió depositando sobre la hierba el cesto de ropa—. Mi marido era aparcero, y vivíamos en la casucha, al lado de la casa de tus abuelos —explicó.

—¿Conociste a mi padre? —preguntó Lisa sin poder evitarlo.

—Todos los meses le llevo la ropa limpia a la cárcel de Villarta —repuso la mujer atusando suavemente un mechón de cabellos que se derramaba sobre el hombro de la muchacha.

Faltaba todavía una semana para que finalizaran las vacaciones de verano, cuando los abuelos decidieron que Lisa se trasladara a Santa Agueda. La muchacha no se extrañó en lo más mínimo. Alguien se habría encargado de comunicarles que la antigua aparcera y Lisa tenían frecuentes charlas a la orilla del río, y los ancianos habían considerado más prudente cortar aquella comunicación antes de que el espíritu de la muchacha se viera turbado por revelaciones inconvenientes para la que todavía consideraban una niña.

En el transcurso de aquel verano, no obstante, la transformación física de Lisa se había acentuado de tal modo que, solamente el natural deseo de los ancianos y su resistencia a que la joven adquiriera la independencia consustancial a la mayoría de edad, podían ser causa de que sus abuelos continuaran viéndola como a una niña.

Por otra parte, algo se había quebrado en el alma de la muchacha. A través de su mirada podía intuirse que, lejos de hallarse todavía en aquel tranquilo y sosegado mundo de la infancia, su espíritu había arrobado ya a otras playas tras sortear los procelosos mares de la edad adolescente.

Lisa no gustaba ya de sentarse a la sombra del roble a leer un libro o a hacer compañía a su abuela mientras ésta tejía interminables labores de punto. Mas bien parecía rehuir al árbol y si, al salir de la casa, se dirigía hacia el extremo sur de la empalizada, prefería dar un pequeño rodeo antes de cruzar bajo la copa del roble.

Sin embargo, en más de una ocasión, había sido sorprendida por su abuela apoyada en la cerca y contemplando desde lejos el roble, como si la distancia interpuesta constituyera una especie de salvaguarda previsora. En aquellos momentos, si algún observador hubiera podido mirar de cerca en los ojos de Lisa, habría sorprendido en ellos una extraña mezcla de temor y de fascinación, una paradójica alianza de miedo y culpable ansiedad similar a la que se observa en el gorrión fascinado por la serpiente.

La noche anterior a la partida de Lisa, se levantó un fuerte viento, y las ramas del árbol e agitaron como brazos en la oscuridad.

—El roble se está despidiendo de ti —comentó el abuelo jocoso. Pero Lisa sabía que las movedizas ramas la estaban llamando.

Cuando la joven se retiró a su habitación, los dedos del roble repiqueteaban en los cristales de la ventana con una insistencia y una urgencia tales que amenazaban con quebrarlos. Lisa comenzó a desnudarse, pero enseguida se detuvo, y, aproximándose a la

ventana, echó las cortinas con un rápido movimiento. Acto seguido, terminó de despojarse de sus vestidos y se sumergió en el lecho.

El viento se colaba por las rendijas de la madera, y sus suspiros, unidos al rozar de las ramas contra el cristal, fueron inundando el alma de la muchacha que, al rato, se vio sumida en una extraña pesadilla.

Soñó que, a la pálida luz de la luna, que bañaba veladamente el cuarto, difuminada por la cortina interpuesta, abría un armario de roble y se probaba uno de los vestidos de su madre. Después, aproximándose al antiguo lavabo de loza, humedecía ligeramente un peine en agua e iba modelando sus cabellos de una manera distinta a la habitual. Un ligero toque de sombra en los párpados y una leve aplicación de colorete en las mejillas dieron fina a la transformación.

De pronto, un golpe de aire hizo rechinar las maderas, y, un segundo más tarde, la ventana se abrió de para en par. El viento inundó la estancia, y la cortina de lienzo revoloteó como una gran ave arrebatada por el huracán. La gran rama del roble crujía cerca de la ventana, y las ramas más menudas arañaban el marco como los dedos engarfiados de un asaltante que pretendiera introducirse en la habitación.

Bañada por la claridad lunar, Lisa se levantó del lecho, y, al tiempo que innumerables hojas del roble rozaban sus brazos desnudos, se acercó a ala ventana y la cerró no sin esfuerzo. El viento, al colarse entre las ramas del árbol, le arrancaba suspiros prolongados y tristes. La muchacha, hollando con sus pies descalzos las ásperas hojas de roble, volvió sobre sus pasos y se acostó nuevamente.

Al cabo de algunas horas, algo la sustrajo del intranquilo sueño en que se hallaba sumida. El viento había cesado por completo, y las ramas habían desistido de repicar contra los cristales. El lienzo rectangular pendía terso, y la luz de la luna dibujaba contra él la silueta de la ventana. El aullido de un perro en la lejanía ascendía vertical hacia el cielo estrellado.

Cuando Lisa abrió la puerta del armario, el reflejo de la luna recorrió como un fugaz relámpago las paredes de la habitación. Su mano, guiada quién sabe por qué misterioso influjo, se alzó hasta la barra metálica y descolgó un vestido que no le pertenecía.

Se contempló ante el espejo ataviada con aquel antiguo atuendo, y, con un gesto sonámbulo, ordenó su peinado pasando después del dedo corazón por el arco de sus cejas. Reacomodó los volantes del encaje balcón sobre su pecho y se detuvo largo rato mirándose bajo la fantasmal luz del astro nocturno. Un chasquido resonó en el cristal de la ventana. Lisa volvió la cabeza en aquella dirección y al cabo de unos instantes se repitió aquel leve crujido. Se hubiera dicho que, desde el exterior, alguien lanzaba piedrecitas contra la ventana para llamar la atención de la muchacha.

Descorrió lentamente la cortina de lienzo, y, procurando no hacer ruido, fue abriendo con sigilo la ventana. Instantes después se apoyaba en el alféizar ofreciendo la mitad de su cuerpo a la noche. Desde aquella posición contempló el roble. La ausencia de viento hacía que sus ramas se mantuvieran inmóviles y dirigidas hacia el lugar en que ella se encontraba. La opalina claridad de la luna se derramaba sobre el árbol, que bajo aquel manto frío parecía bañado por gélida escarcha. La sombra producida por la copa proyectaba un denso círculo de oscuridad que mantenía oculta la zona del tronco. El reflejo de la luna propiciaba el ambiente fantástico al arrancar reflejos metálicos de los pendientes frutos.

De súbito, una ligera ráfaga de viento estremeció las ramas más pequeñas del roble, y aquel movimiento se transmitió hasta las alturas. Las ásperas hojas acariciaron los brazos desnudos de Lisa y trazando en ellos delgadas líneas blanquecinas. La brisa cesó, y en aquel hiriente silencio nocturno, un susurro llegó desde la sombría base del árbol hasta los oídos de la muchacha. «Lisa, Lisa», creyó sentir confusamente.

Como obedeciendo a algún mandato extraño, la joven, de igual manera que en tantas ocasiones, salió a través de la ventana y puso sus pies descalzos sobre la gran rama del roble. De algún modo sabía que aquella era la última vez que podría intentarlo; que a partir de aquella noche habría perdido definitivamente la necesaria ingenuidad fruto de la niñez;

que aquella iba a ser la postrera ocasión en que descendería hasta el suelo d aquel modo.

Sintiendo bajo sus plantas las rugosidades de la gran rama, caminó como una fantasmal funámbula apartando suavemente la hojarasca. Apenas había dado dos pasos, cuando se sintió rodeada por la maraña vegetal. Las pequeñas ramas se enganchaban en el vestido igual que dedos que desearan apresarla, las boscosas hojas arañaban su piel y retenían sus cabellos. La rugosa corteza cosquilleaba la planta de sus pies a cada paso. Nuevamente un susurro se elevó desde la oscuridad. «Lisa», oyó, al tiempo que la sangre palpitaba en sus oídos.

En aquel momento se levantó una ligera brisa que, en pocos segundos, adquirió una fuerza inusitada. La muchacha extendió los brazos en cruz y, agarrándose a las ramas laterales, continuó el descenso. La fuerza del viento arreció, y la gran rama por la que caminaba se meció a impulsos del huracán. Una ráfaga arrancó numerosas hojas que se enredaron en los cabellos de la muchacha, y, mezclado con el naciente ulular del viento, un nuevo suspiro surgió muy cerca del tronco.

—«Lisa...»

Incapaz de mirar hacia abajo, con los cinco sentidos puestos en guardar el equilibrio, la muchacha, impertérrita, y sin que la mínima muestra de pánico aflorara a sus ojos, continuó el descenso. En aquel momento, una sombra se separó de la oscura zona en que estaba sumido el tronco, y una figura humana se encaminó hacia la puerta de la casa.

—«Lisa...»

Sólo dos pasos más y llegaría a la zona del tronco, al que podría asirse con más seguridad. El aire hacía ondear el blanco vestido de la joven, y todas las ramas, como si el huracán las hubiera dotado de vida independiente, rodeaban el cuerpo de Lisa en un apretado abrazo que cada vez iba haciéndose más estrecho.

—«Lisa...»

Esta vez, la muchacha no pudo impedirse mirar hacia la ventana, y, al percibir la silueta del hombre que la contemplaba con los brazos apoyados en el alféizar, lanzó un grito de terror. Aquella sonrisa era algo que había llegado a conocer muy bien.

Al girar la cabeza, perdió el sentido del equilibrio y vaciló. El huracán adquirió una fuerza tan brutal que amenazaba con arrancar de cuajo el árbol. Un momento después, al intentar alcanzar el tronco con sus manos, Lisa perdió pie y se desplomó en el vacío, pero, antes de que su cuerpo se estrellara contra el suelo, las ramas más bajas, seguramente impulsadas por el viento, formaron un ligero entramado que fue suficiente para aliviar la fuerza de la caída. En aquel momento, se desató toda la furia del vendaval. Se escuchó un horrísono crujido, y el roble, abatido por la violencia del huracán, se desplomó contra la casa aplastando en su caída a la figura que contemplaba el cuerpo de Lisa en tierra.

Si la muchacha no hubiera perdido el conocimiento al precipitarse en el suelo, se habría apercibido de que, dos metros más allá, justamente al lado de donde, segundos antes, se encontraba el tronco del roble, se hallaba un maleta de madera como as que dan en la prisión de Villarta a los reclusos que acaban de cumplir su condena.